

Nota sobre el título

Un corazón aparece suspendido en el aire junto al cuerpo o plegado dentro de una camiseta en la nieve, en la película en la que Beatrice Dalle sale sobre un trineo. Un corazón aparece suspendido en el aire junto al cuerpo, por unos breves momentos, y expone lo que tiene dentro, a la vista de todos. En los relatos que contaba mi madre, la frontera estaba vestida de órganos. Las dos cosas, cine y guerra, convergen emocionalmente como el deseo de escribir sobre esta imagen: el corazón desplazado de su contexto, una cavidad.

Rosalie Doubal, la comisaria de la programación en directo del Institute of Contemporary Arts (ICA) de Londres, me invitó a preparar una performance como parte de la exposición sobre Kathy Acker en 2019. Monté junto a mi hermana, Rohini Kapil, una instalación, performance, lectura poética o ceremonia titulada *How To Wash A Heart [Cómo lavar un corazón]*. Lo que parecía evidente al trabajar con ese título era que lo que específicamente convertía a la poesía en algo maravilloso –la fuerza de una imagen o la manera en la que se repite– no era tan fabuloso cuando se relacionaba con la vida real. Aquella noche concluyó con una pregunta: ¿Qué es el receptor de la sangre? No, salimos por una puerta lateral para volcar un balde de agua roja –con hielos derretidos– en la calle Mall.

La noche que llegué a Londres, recibí un email de Ankur Kalra, un cardiólogo intervencionista de Akron, Ohio, que me pedía que le escribiera algo para la faja de su libro, un poemario que reflejaba el desamor y el amor apasionado que le había inspirado la lectura del Bhagavad Gita. El wifi iba y venía así que, aunque no pude descargarme su manuscrito, le pregunté sobre su trabajo. ¿Qué me puedes contar del corazón de un inmigrante? «Sí», me respondió, «es mi especialidad. Por supuesto, la ansiedad y el shock influyen». Y: «Hay un diagnóstico médico que se le atribuye: síndrome del corazón roto o cardiomiopatía de Takotsubo. Takotsubo es el término/palabra japonesa para la trampa del pulpo. El corazón se «aturde» durante un estrés emocional/psicológico agudo, y esto afecta al músculo cardíaco y a su función de bombeo. Pierde gran parte de su función de bombeo y adopta la forma de Takotsubo; sólo se mueve su base. Puede poner en peligro la vida, es más frecuente en las mujeres y recupera/recobra la función perdida al cabo de varias semanas, una vez que el factor estresante agudo desaparece/se absorbe o se procesa».

La noche de la *performance*, leí este correo en voz alta, después partí mi libro en dos y lo empapé de buena sangre.

Good Blood [Buena sangre]: un ritual performativo creado por Lygia Pape en 2002, en la que dos personas se sientan en sillas una frente a la otra. Ambas sostienen un cubito de hielo hecho con tinta roja sobre la palma boca arriba. Aquella a la que se le derrita antes el hielo, es la de la buena sangre. En las ins-

trucciones no se pide que haya silencio, pero habitualmente, cuando he realizado este ejercicio en prácticas de la facultad o en seminarios de poesía, los participantes no hablan. Tuve una idea para la actividad en el ICA que tenía que ver con los miembros del público, sentados, con cubitos de hielo goteando en el suelo y ellos intercambiando historias profundamente íntimas. Pero al final, resultaba demasiado complicado. Tenía que traer la idea al plano de lo real. Y bajar el sol del tejado al llegar la medianoche. Siempre es medianoche en el museo de arte. Según entraban los asistentes, les entregaba a cada uno un cubito de hielo, que eran rojos por unas gotitas que le había echado. Pensé en decir algo, pero al final fue sólo eso, una manera de dar la bienvenida a la gente al espacio sin hacer uso de palabras.

Así que el título de este libro proviene de esas experiencias, que tuvieron lugar a unos pocos cientos de metros del Palacio de Buckingham. ¿Queréis que escriba un poema sobre ello?! Venga.

Cómo lavar un corazón:
así.

La noche de un miércoles a comienzos
de junio
cuando las delicadas flores
se vuelven blancas luego carmesí
luego verdes,
el camerino

del ICA
tiene un frescor agradable.
La miel en la tostada
atrae a los avispones,
decía mi madre.
Ya no soy un saco de huesos
al que puedas ir pateando de aquí para allá.
En su lugar, vierto la tetera
con agua caliente
sobre los cubitos de hielo rojos
en un ensayo
que me conmueve
por su fuerza emocional
y la columna de vapor.

Al escribir estos nuevos poemas, me distancié —casi al instante—
del recuerdo de la performance. En su lugar, en el momento en
el que me senté a escribir, escuché una voz inesperada.

Esa es la voz de este libro: una inmigrante invitada en el hogar
de sus anfitriones, ciudadanos nativos.

La narradora es artista.

El rojo, el corazón y el hielo hablan a través de ellos.

Estos poemas son un intento de entender esa relación que, con
rapidez, comienza a torcerse. Lo único que quiero decir sobre

lo que pasa en esta casa —o entre estos sujetos— es que vi algo, leí algo, en internet, navegando por las actualizaciones de noticias, sobre una pareja en California que había ofrecido una habitación en su casa a una persona con un visado en una situación precaria. La pareja, de raza blanca, había adoptado a una niña nacida en Filipinas hacía unos años y me quedé asombrada por la expresión de la cara de la madre en la fotografía del periódico, la sonrisa con los músculos de la boca en tensión. También sentí algo que me costaría describir con palabras cuando leí la manera historizada en la que ella describía su hospitalidad. Ese año también estuve reflexionando sobre mi propia experiencia en el marco de la universidad: no se correspondía siempre la generosidad o inclusividad, vista desde fuera, con la experiencia vivida en los pasillos y encuentros en la facultad de espacios «mayormente blancos» que una universidad privada de humanidades puede llegar a tener con frecuencia en Estados Unidos. Y la discrepancia entre las dos habitualmente sólo puede llegar a sentirse fugazmente, más que llegar a palparse. Comencé a preguntarme, en otras palabras, cómo era la vida en aquella casa en realidad. Dicho esto, me ha sido imposible volver a encontrar ese artículo de nuevo y me pregunto si estoy mezclando la historia de la adopción con la historia de la invitada. Quizá malinterpreté las contracciones en el tejido blando de alrededor de la boca de la mujer en la fotografía que sólo vi una vez brevemente.

¿Y qué más? En EE. UU. y en Gran Bretaña, durante la escritura de este libro, se dio pábulo a una retórica antiinmigración. Puede que, cuando se lean estas palabras, la cosa esté peor.